

Papa Inocencio III, según este título: *Lotharii compendium, et Processus juris jocosus, etc.*

De todas maneras, en este libro incunable hai materia para una apolojia del cristianismo, i hasta para un poema. Si, pues, algun abogado cristiano, o siquiera *tinterillo* o *rábula*, quisiere pintar este bello cuadro acomodándolo a las exigencias del tiempo presente, ya tiene, en el bosquejo que le hemos dado, los principales lineamentos. Empuñe su paleta, llene los vacíos, agregue los colores i producirá una obra amena e instructiva, que causará alegría a los católicos i dará un mal rato al Diablo i a los suyos.

FILOSOFÍA: Observaciones psicológicas.—Fragmentos de un libro inédito.

LA CONVERSACION.

En medio de la variedad i multiplicidad de operaciones, así físicas como intelectuales, que constituyen el trabajo del hombre, es de notar la simplísima sencillez de sus procedimientos. Adquirir i modificar, tal es, en compendio i resumen, el círculo eterno en donde se mueve incesantemente nuestra incansable actividad. Adquirir las primeras materias, i modificarlas luego convenientemente en orden a las necesidades físicas: hé aquí el trabajo corpóreo o material; adquirir ideas mas o ménos abstractas i jenerales de las cosas, i modificarlas, luego en virtud de una razonable esperiencia; hé aquí aquí el trabajo intelectual; el trabajo por exelencia, el que mas enaltece al hombre.

Concretándonos ahora exclusivamente a esta última clase de trabajo, pero en su acepcion mas lata, que lo mismo abraza la tarea laboriosa del sábio que la repentina concepcion del hombre de negocios; que lo mismo se ocupa de la idea abstracta i metafísica que de la idea concreta, i si se quiere vulgar, de las cosas del mundo, haremos notar tambien la sencillez de los medios con que se lleva a efecto.

Tres son estos medios principales: la conversacion, la lectura i la reflexion.

Impropio parecerá que amalgamemos con la útil lectura i la seria reflexion un elemento tan mundano i tan frivolo como es la con-

versacion familiar, i más aun entre nosotros, en donde por lo comun carecé de verdadero fondo instructivo; pero la verdad es que así i todo, la conversacion, pobre i menguada en cuanto a la adquisicion de ideas por culpa de nuestros hábitos vagabundos, es muy fecunda en lo que se refiere a modificarlas. Ello es lo cierto que en el curso de una conversacion sostenida i animada, cada uno de los interlocutores revela espontáneamente sus hábitos intelectuales i su método propio de discurrir i pensar, acogiendo con calor o frialdad el raciocinio de los demas, regla la mas segura para apreciar debidamente los defectos propios i ajenos.

Así, el que vive aislado i se retira del trato de las jentes, erije en su interior el déspota mas absoluto i tiránico, que es el sistema esclusivo de su intelijencia, pues dirijiendo constantemente su atencion por rumbos señalados, jamás modifica su opinion, tanto mas inflexible cuanto mas se aparta de la comun manera de pensar.

Nuestra intelijencia, en cierto modo, se parece a aquel soberano poderoso que oprimia con mano fuerte a sus súbitos i obedecia ciegamente los caprichos de sus propios hijos. Señora absoluta de todos nuestros actos, ella tambien obedece a sus hechuras, que son las ideas adquiridas. Si éstas son erróneas o demasiado absolutas, claro es que permanecerá constantemente en el error, o en esa situacion colindante que se llama obsecacion, hasta que otra intelijencia que tenga distintos hábitos venga a contrarestar i modificar la opinion adoptada. Solo así se desvanecerá tambien en parte la ilusion que nos formamos jeneralmente de que nuestro criterio es el mas exacto i preciso, i solo así los que tienen un alto concepto de si mismos correjirán acaso sus exajeradas pretensiones.

Hombres hai de un talento tan sumamente sutil, que distinguen raras analogías donde otros no ven mas que diversidad i desemejanzas; i por el contrario, descubren las diferencias mas ténues en objetos que parecian idénticos o análogos.

Ahora bien: convencidos como están de la superioridad de su talento, exajeran este mismo método de observacion, i jamás llegarían a reformar su juicio, si otra intelijencia tan sutil, pero mas clara i quizás ménos sofística, no se interpusiera alguna vez en su camino i les enseñara a distinguir lo verdadero de lo falso.

El mal está en que raras veces concedemos esa superioridad a otros; pero un desengaño hoy, otro mas adelante, repetidos un dia i otro dia, i siempre, nos enseñan al cabo a desconfiar de nosotros mismos. Esto es doloroso, i lo es por una razon muy sencilla i muy

fácil de remediar. Por lo comun, estamos tan penetrados de nuestro mérito personal, que desdeñamos con interior desprecio todo lo que revela el mas ligero indicio de inferioridad; sin embargo, esta inferioridad que creemos distinguir en los demas, no es absoluta; i si bien somos miopes en distinguir el mérito ajeno, tan relevante se presenta a veces, que ya no podemos cerrar los ojos a la luz de la evidencia. De aquí entónces el malestar interior del que se vé vencido i humillado.

Tanto nos elevamos, que al fin la caída es mas fuerte i ruda. La prudencia, pues, nos aconseja ensalzarnos ménos para no caer de tan alto. En este sentido, la conversacion es un correctivo saludable para quien sabe aprovechar las sábias lecciones de la experiencia.

Pero es mas: en ese comercio familiar de las inteligencias se verifica aun otro cambio, si cabe, mas provechoso.

Abandonados momentáneamente a nuestros propios i naturales recursos las facultades de nuestro entendimiento obran entónces con entera libertad, i sin tutores ni guias advenedizos, revelándose visiblemente las cualidades i vicios de la comun manera de pensar. Hai una excitacion momentánea por efecto de la elaboracion de las ideas: las facultades predominantes toman la iniciativa, i las demas, las que no tienen el vigor necesario, ya sea por falta de una educacion especial, ya sea por debilidad propia, permanecen ociosas e indiferentes, como que no han sido llamadas al debate.

Claro es que a la sazón no nos damos cuenta de esta actitud de los diversos elementos de nuestro entendimiento; pero pasada la excitacion i calmado el ánimo, acuden en tropel los recuerdos, se notan las omisiones, i se advierten los errores i desaciertos cometidos; es decir, que las facultades que permanecieron ociosas se encargan de reconvenir a las nias entrometidas i despiertas, demostrándoles la necesidad de su intervencion: útil i provechosa enseñanza que el hombre cuerdo debe aprovechar, si no quiere pertenecer a la clase de los insulsos declamadores i superficiales charlatanes.

Anotando en el registro interior de la conciencia con perseverante solicitud i cuidado la especie de omisiones mas frecuentes en la conversacion, la exajerada importancia que damos a ciertos detalles, i teniendo en cuenta la solucion posterior que nos sujiera el recuerdo de las cuestiones dilucidadas, fácilmente podemos llegar a realizar lo que dicta la antigua inscripcion del templo de

Delfos, es decir: *conocernos a nosotros mismos*, sin necesidad de hojear estensos volúmenes de metafísica, ni gastar el tiempo en discusiones estériles. Las omisiones i olvidos nos darán a conocer la debilidad de ciertas i determinadas facultades; la exajeracion de algunos pormenores nos revelará el desequilibrio i preponderancia de otras, i la distinta solucion que en horas tranquilas demos a la cuestion debatida, nos enseñará a dirigir el raciocinio por la senda de la verdadera lójica, totalmente separada de las impresiones del momento i de las veleidades del amor propio, escollos ambos muy frecuentes en el terreno de las discusiones improvisadas.

Teniendo presentes estas observaciones, jamás nos arrepentiremos de haber traspasado los límites de la prudencia ni olvidado las exigencias del buen sentido despues de una conversacion animada i viva.

Nos choca a veces la exajeracion con que se defiende o se refutan ciertos principios por personas de carácter i reconocida ilustracion; nos choca tambien ver entablada una polémica sobre cosas de ninguna utilidad. ¿Dónde está el sentido comun? preguntamos entónces nosotros.... Pues está cabalmente en dejar de admirarse de un fenómeno tan natural.

El calor de la conversacion ha exitado en todos la sensibilidad, la imaginacion i otras facultades de fuerte impulso, i la razon se halla ociosa, hasta que calmado el ardor de la polémica, recobra otra vez su imperio i hace notar las inconveniencias i desaciertos pasados.

Dondequiera que directamente interviene nuestra personalidad, nótese una ofuscacion momentánea que nos impide pensar con verdadero aplomo; de tal suerte, que cuando mas resalta nuestra individualidad en la escena del mundo, tanto ménos razonables son nuestros discursos, siempre que no medie una práctica prolongada o una preparacion especial. Así, por ejemplo, la presencia de personas estrañas o poco afectas a nuestra opinion, el temor al ridiculo i la poca confianza en las propias fuerzas, todo ello, alterando el ánimo, ofusca el entendimiento i entorpece el curso natural de nuestras facultades.

El gran secreto consiste, por lo tanto, en moderar esta excitacion momentánea i refrenar el atropello de unas facultades sobre las otras, de modo que todas tengan participacion en el discurso, las mas débiles como las mas robustas, en equilibrio armónico i simétrica relacion.

Tal se conduce el hombre hábil i esperto que por arte especial,

hija de la costumbre, disimula i atenúa los efectos de su inteligencia i sabe lo que dice i se sostiene en un tono adecuado a la importancia del asunto de que trata, manifestando sus opiniones con moderada circunspeccion i admitiendo la réplica sin acritud, i acaso aceptándola.

Esta es la fórmula concreta de la experiencia personal: mas allá del verdadero límite ya se tropieza con la individualidad cautelosa del que esconde su intencion detrás de mentidas i pérfidas palabras; pero como quiera que el hombre no ménos se revela al exterior por un extremo de imprevision que por un extremo de hipocrecia, viene a descubrir el secreto de su carácter por el empeño que tiene en desfigurarle.

Quien finje continuamente sentimientos que no tiene, comunica a los demas con indiscreta oficiosidad, la traduccion verbal de su lenguaje engañoso. Todo consiste en invertir el significado de las voces; virtud significa vicio; honradez i probidad, perfidia: i mala fé, i por este tenor, todas las palabras tienen un significado negativo, tan fácil de comprender como el lenguaje usual i corriente.

Hemos llegado por una gradacion insensible, desde la inesperienza a un exeso de prevision. El mérito consiste en permanecer equidistante de ámbos límites. El hombre de claro talento huye del ridículo, como huye tambien de una torcida disimulacion: el ridículo está en ofrecer el espectáculo de una razon débil que no sabe moderar los impulsos del momento; la disimulacion no es más que la reflexion meticulosa de las medianías: ámbos defectos suponen la ausencia de un criterio superior que distinga toda suerte de flaquezas i debilidades.

II.

INFLUENCIA DE LA RAZON EN EL CARÁCTER DEL INDIVIDUO.

Examinando atentamente la índole particular de nuestra naturaleza interna, i relacionando el resultado de esta observacion con aquellos hechos que nosotros atribuimos al influjo de circunstancias exteriores; meditando con reflexion profunda sobre el éxito de los sucesos humanos, atribuido a los azares de la fortuna, deidad pagana que aun conserva su imperio en el mundo, merced a la ignorancia en que vivimos; inquirendo, en fin, las causas de nuestros errores i desaciertos, mas frecuentes cuanto ménos conocidas son aquéllas, se deduce, en conclusio que el hado o desti-

no, salvo raras excepciones, no es otra cosa que la razón del individuo, clara i penetrante en los que aciertan, débil o sofisticada en los que yerran o sucumben.

Puede darse, i esto acontece algunas veces, que el mérito no alcance a vencer los obstáculos que le rodean; pero lo común, lo frecuente, lo que constituye la regla jeneral, es que la fortuna próspera o adversa depende del carácter del individuo; i como quiere que las dotes del carácter no son mas que las cualidades de la inteligencia en concreto, es decir, obrando en virtud de las circunstancias del momento, de aquí se deduce lójica i terminantemente la necesidad de estudiar nuestros hábitos intelectuales para reformar el carácter i hallar fáciles soluciones en los negocios ordinarios de la vida.

Comunmente se cree que la inteligencia solo se ocupa de investigar la verdad científica, ejerciendo absoluto imperio en los dominios de la especulación; mas, en lo que dice relación con el uso práctica de las cosas de la vida, ya se le asigna un lugar muy secundario. Las cualidades del carácter, la mayor o menor espedición en los negocios ordinarios i la facilidad o dificultad de acrecentar recursos; todo ello se cree obra del temperamento i efecto de las circunstancias esterores; pero es lo cierto que la causa principal radica en los hábitos intelectuales i en un método propio de observacion i de conducta, que los mas practican sin darse cuenta a sí mismos de tal procedimiento.

Fijémonos solamente en las cualidades del carácter.

Un sujeto, por ejemplo, de relevantes dotes morales, se queja amenudo de su mala estrella, que le conduce siempre a ser juguete de personas egoistas i mezquinas.

Achaca él todos sus contratiempos a la excelente condicion de su carácter, i acaba por arrepentirse de tan felices disposiciones cual si se tratara de un delito imperdonable. Pues todo ello es una mera i pura ficcion. Conserve en buen hora las excelentes dotes que le ha prodigado la sabia naturaleza; no se arrepienta un instante de haber obrado bien, que tal arrepentimiento borra i desvanece el mérito adquirido; pero, reconcentrándose en sí mismo, estudie a fondo sus cualidades intelectuales, que allí i solo allí encontrará inevitablemente la clave del enigma.

Poco aficionado a remontarse a la causa, siempre observa un hecho cualquiera; jamás obra por induccion achacando a puras casualidades el procedimiento racional, jérmén profundo de verdad i auxiliar poderoso de la esperiencia. En tal estado, se puede decir

que vive de la impresion del momento. Afortunadamente, en el caso que nos ocupa, la impresion es siempre recta: asi es que obra bien, pero sin un conocimiento exacto de lo que practica.

Demos por supuesto que se le acerca al sujeto en cuestion una persona estraña a solicitar de él un señalado servicio. Léjos de examinar los antecedentes de esta persona e inferir de su anterior conducta i de sus cualidades personales el motivo que le impulsa i el uso que hará del favor recibido; abadónase a lo que él llama la fuerza de su temperamento; i concede lo que se le solicita sin reflexionar un solo instante.

Ahora bien: quien así procede, ¿es digno de alabanza o de vituperio? El bien es en todas circunstancias i ocasiones laudable i méritorio: esto es incuestionable. Pero ¿es tan fácil asegurar que el favor concedido merecerá un verdadero agradecimiento? Esta es ya otra cuestion mui distinta. Quien no procuró averiguar en un principio las circunstancias de la persona favorecida; quien no meditó sobre las probalidades que podrian existir respecto a la buena acogida i fiel memoria de un hecho que merece digna recompensa; claro es que no debe estrañarse luego despues, si encuentra olvido e indiferencia, en vez de eterna gratitud i señalado reconocimiento.

Ahora, si solo lleva por mira practicar la virtud, sin pararse en el término positivo de la mutua correspondencia de beneficios, que es lo que practican las almas nobles i justas; entónces no se quejará de los ingratos, ni se arrepentirá de sus buenas acciones. Solo las inteligencias limitadas se quejan de la ingratitud, que es, por decirlo así, el resultado negativo de una operacion mal practicada, en donde para hallar un producto se han descuidado los datos principales del problema, es, a saber, la prevision i la esperiencia.

De todo esto resulta que los hábitos intelectuales influyen directamente aun en aquellas acciones que ménos conexión tienen con la especulacion científica.

Veamos ahora el extremo opuesto.

Tratase al presente de una persona mui ilustrada i mui entendida, la cual, abusando del método inductivo, propende a formular principios i reglas jenerales de conducta a la sola inspeccion de unos cuantos hechos aislados. En virtud de este procedimiento inductivo que él exajera por efecto de ciertos hábitos intelectuales adquiridos en el estudio de las ciencias, donde la induccion es tan frecuente como necesaria, observa en determinadas ocasiones que no es la gratitud cualidad mui comun en los mortales; i desde que

go falla absoluta i terminantemente que conceder un favor es alimantar a sabiendas a un ingrato.

Establecido este principio, deduce naturalmente en la práctica sus legítimas consecuencias, de que resulta una conducta egoísta, estrecha que ahuyenta la amistad i sustrae las jenerales simpatías. Preguntad entónces al sujeto en cuestion, de qué procede su aislamiento i soledad, i de seguro culpará a amigos i enemigos de ingratos i desleales. Pero ¿cómo es posible que el mundo esté lleno de monstruos sin entrañas?..... Pues, ésta es la verdad, contestará sin vacilar un solo instante, i hé aquí el error; hé aquí la induccion llevada al extremo; hé aquí la consecuencia de un defecto intelectual que trasciende a los usos mas comunes de la vida.

En el primer caso, un defecto de induccion ha ocasionado la conducta del inesperto: en el segundo, el abuso de esta misma induccion ha producido el aislamiento i la soledad del misántropo. Faltas i abusos de la intelijencia que los mas atribuyen a condicion moral del individuo, hija de temperamento, si no se achacan a una potencia invisible que rije los destinos del hombre cuando en realidad son el resultado de la educacion, o bien sea, del conjunto de influencias que se escapan a nuestra penetracion por estar en ellas connaturalizados, i que son tanto mas difíciles de desarraigar cuanto mas encarnadas están en nuestras costumbres, sobre todo si han tomado carta de naturaleza a título de elementos de civilizacion i cultura.

III.

PEREZA INTELLECTUAL.

Fácilmente se inclina el hombre a lo que le proporciona grato placer i apacible entretenimiento. Los manjares mas codiciados son los mas dulces al paladar, nó los mas nutritivos i suculentos; así sucede tambien en otro órden superior: la literatura frívola i sentimental gusta mas que la discusion severa i razonada de las verdades i principios científicos. Lo agradable se sobrepone a lo útil; mejor diremos, lo fácil se sobrepone a lo difícil, porque agradable es tambien lo útil, con esta diferencia: lo primero causa placer inmediato, i lo segundo solo se aprecia i saborea con el tiempo. En suma, venimos a parar que la pereza es quien dirige casi siempre nuestra conducta; i como la pereza tiene tambien su lógica especial, halla fácil medio de disculpar la gran fuerza de inercia de que se alimenta, achacando a influencias del clima i a exi-

jencias de una imaginación ardiente i apasionada, lo que es efecto de la ignorancia i la desidia.

Así se explica cómo entre nosotros abundan las novelas, los periódicos i demás producciones recreativas, mientras escasean de una manera lamentable los libros científicos de todas clases. Es que la literatura amena puede saborearse sin grandes esfuerzos de atención, mientras que el libro científico supone una costumbre adquirida de aplicación i de estudio, que no está ciertamente muy arraigada entre nosotros. Aun entre los que la tienen, déjase percibir la influencia de la pereza bajo otra forma distinta, disfrazada con el lenguaje de la erudición. ¡Tan cierto es que los defectos de carácter son contagiosos i difíciles de desarraigar completamente!

I no exajeramos en lo que venimos indicando; la afición exclusiva a la parte teórica de la ciencia, inclinación predominante en nuestra patria, no es más que el resultado de la pereza; es la inacción embozada del hombre estudioso que ha adquirido facilidad en un método científico, i se entretiene i recrea en él; es la hilación pura de las ideas que se desenvuelven natural i lógicamente, casi sin esfuerzo alguno, cuando se ha adquirido la costumbre del estudio. ¡Siempre la misma fuerza de inercia subyugando el entendimiento!

Deléitase el hombre de ciencia allá en su gabinete en la lectura de un volumen elegante, transportado de extraña nación, i aquel placer que experimenta al ponerse en contacto con las preclaras inteligencias de nuestro siglo, le sumerge en una meditación estéril e infecunda.

Contempla la verdad científica; recíbela tranquilamente; abismase en un mar de impresiones apacibles i deleitables; saborea las bellezas de la forma; ensalza los delicados jiros del lenguaje; pero raras veces (las excepciones aparte) se rehace sobre el conocimiento adquirido, i obra en él con la poderosa energía i actividad de la reflexión para aquilatar sus diferentes grados de exactitud, utilidad e importancia.

Habrà quien practique este rigoroso análisis; ¿cómo ponerlo en duda? Pero la jeneralidad de los que se dedican a una ciencia lo hacen por puro recreo i pasatiempo. Así se nota entre nosotros afición a determinados estudios; por ejemplo, a la historia, a la crítica literaria i a las ciencias políticas i sociales, mientras que las físicas i naturales están enteramente olvidadas. Es que éstas requieren el trabajo de aplicación, es decir, una actividad sosteni-

da i concentrada, no en el libro, sino en la misma naturaleza, mediante un método propio de observacion que no se adquiere sin grandes esfuerzos i molestias, tanto mas enojosas quanto ménos encarnado está en las costumbres el hábito del trabajo. Por manera que la sensibilidad es tambien la que dirige el estudio del sabio, como dirige la lectura del vulgo; la sensibilidad halagada por la pereza, causa principal de nuestra inmovilidad en la senda del progreso científico.

Solicitados por un resorte de tan escasa tension, no sabemos descender de la rejion tranquila de los principios, que es la parte recreativa de la ciencia; mas lo que hace fecundo el estudio, la parte práctica i utilitaria, el trabajo puramente activo de la inteligencia, obrando sobre las cosas, es ya empresa árdua para nuestro carácter indolente.

SITUACION ECONOMICA DE LOS PAISES SUD-AMERICANOS.—Artículo del STATIST de Londres.

Ahora que la crisis política en Buenos Aires está de nuevo llamando la atención a los asuntos de Sud-América, no carecerá de interés una revista a la situación económica de los varios Estados que la componen. Entre sus muy conocidos folletos, Mr. Giffen ha publicado uno que lleva por título: *El por qué la perturbación comercial es mucho mas intensa en los países productores de materias primas que en los manufactureros*. En la época en que apareció esta publicación (1875) se notaba un profundo malestar, no sólo en Norte-América, donde la crisis comercial habia dejado las huellas de sus estragos en toda clase de negocios, sino que se hizo extensiva a todo el continente sud-americano. Parecía que la colonización de las rejiones occidentales i de otras comarcas agrícolas, i la inversión de capitales en nuevas empresas para dar incremento a esas rejiones, hubiesen llegado hasta el agotamiento. Hubo una paralización general; el capital desertó de aquellos centros, el comercio languideció i la corriente de emigracion cambió su curso en repatriacion.

La importancia de los Estados Unidos como potencia comercial no necesita ser encomiada; los países de la América del Sur en conjunto tampoco le ceden mucho en importancia respecto a relaciones mercantiles con el nuestro. Hace cinco años todo Norte-América estaba sintiendo hondamente las consecuencias de la postracion co-